

Que les *echa la viga* á los ricos, por algo que se la merecen:  
"Socialista rabioso, como todos los desarrapados!"

¿Cuándo, pues, atina usted, mereciendo el elogio de todos?  
Que sigue usted la opinión pública en algún asunto de interés general: "Es un fonógrafo: todo esto que escribe es exactamente lo que se dice."

Que opina en contra de la generalidad. «O es un bruto ó ya lo compraron».

Que elogia á una artista por su hermosura ó por su talento: «Le hace la corte».

Que la censura, siendo bonita: «Es despecho: la cortejó y salió corrido!»

¿Cuándo, pues, cuando, con mil diablos, podrá atinarla el periodista.....?

Lo invitan á usted á un banquete. Si elogia los platillos: «Claro: si en su casa no come mas que frijoles y sopa de fideo».

Que no dice ni media palabra: «Malagradecido: después de que lo convidan!»

Y viene después lo relativo á los consejeros, que son los más peligrosos para los periodistas.

Yo creo que en el periodismo es difícil saber escribir: pero es más difícil saber *qué cosas no se deben escribir*. Al periodista le es muy útil un *lápiz*; pero le es más útil un *borrador*.

A menudo suelen decir al oído:

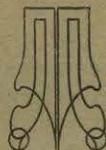
—«Cárguele duro al gobierno. Va usted muy bien. Todos dicen que es usted un valiente. Eso es lo que se necesita».

Y cuando el periodista se cree, se desboca y va á dar á la cárcel, se contentan con decir:

«¡Pobre amigo! Es muy tonto: se le fueron los piés!»

No creais, pues, lectores de á centavo, que es cosa tan sencilla ser periodista! (111111)

Lo dicho: ¡si ensarta uno, pierde, y si no,....ya perdió!



## LA PRIMERA NOVIA.

Todos llevamos acá dentro, en el relicario del alma, ó sea, la trastienda del corazón, un montón más ó menos grande de recuerdos gratos, de los cuales echamos mano en las horas de angustia y de pesar. Son á manera del lastre: cuando el mont-golfier baja, y casi toca á tierra, echamos fuera esas añoranzas, como diría un poeta, para que suba nuevamente.

¡La primera novia! Con solo decirlo se escapa un suspiro!

Porque este capítulo de nuestra vida,—según general creencia,—ha de ser poético, sentimental. Una historia romántica, con diálogos amorosos bajo los rosales de un jardín: *estrechones* fugaces de manos que tiemblan: promesas, juramentos, lágrimas.....

Y no me encuentran un solo hombre, por feo que sea, que no relate eso de su *primera novia*, con los colores más poéticos.

No hay uno que haya tenido una *primera novia* fea. ¡Que esperanzas!

O bien son rubias, de pelo ensortijado y ojos de mosaico, ó morenas perla, de cuerpo gentil, cabellera de azabache y labios ardientes y rojos.

Nunca he encontrado un hombre que diga que su primera novia era tuerta: ó que era trigueña, color de chocolate: ó que tenía la nariz de alcayata: ó que la boca era un puente colgante de oreja á oreja....! ¡No, eso, cuándo!

¿Son en efecto, todas las primeras novias portentosas de hermosura?

No. Es que la fantasía de cada cual se encarga de dar colorido á ese pasaje de la vida, impregnado de todos los recuerdos de la juventud, y que por ese solo hecho nos parece hermoso.

«Todo es según el color del cristal á través del cual se mira», dijo,—pelo más, pelo menos—el pobre Campoamor. Y es rete cierto.

Nada hay más cursi que esas amorosísimas cartas dirigidas á la primera novia, cuajadas de ridícula zalamería, y que el novio cree que son un encanto y una delicia:

«Pichoncito mío.» «Virgencita de mi alma.» «Querube de mis noches sin sueño.» «Dulce néctar del amor».....

Cuando es uno quien escribió lo de *pichoncito* ó lo de *querube*, dan ganas de llorar de pura emoción; pero cuando se leen á sangre fría, se sienten deseos de agarrar á palos á las almiaradas palomas.

Tuve yo un amigo que gustaba á menudo de tomar platos de *ídem* en un fonducho de la calle de D. Juan Mannel. No se trataba de un desarrapado. Y se estaba allí horas enteras platicando con la fondera, una tal Chole, que parecía un tonel con enaguas, bigotona, oliendo á cebolla y llena de manteca.

El vinillo siempre empuja á las confidencias. Por eso no me extrañó que me desembuchara todo, estando á *medios chiles*. Chole había sido su primera novia.

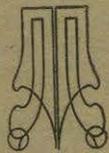
—Le ves,—me decía—ese lunar que tiene á un lado de la boca, que ahora parece un matorral, de tantos pelos? Pues era una monada que me traía loco! Un lunarcito graciosísimo.

Ella una morenita, espigada, alegre, de ojos vivarachos y á quien adoré con el alma! Se casó con un borrachín á quien tuvo que mantener: puso fonda: engordó como un cerdo: respira como locomotora, tiene ocho de familia y... ahí tienes á mi *primera novia*, á mi ideal morenita que todavía recuerdo como si fuera ayer, convertida en una vieja hedionda!

Al despedirnos, nos *embarró* la mano de manteca.

Así, como esa, estarán todas las primeras novias de los que somos ya hombres; ruinas de los años; viejas quedadas, beatas, unas; otras matronas llenas de hijos, desfiguradas por gordas ó flacas. Enfermas algunas, transformadas en esqueletos.....

Pero la imagen, el recuerdo, ese que llevamos acá, en el relicario del alma ó sea la trastienda del corazón, ese se conserva igual: lleno de juventud, de frescura y de alegría!



## LOS HOMBRES FILOSOFOS Y LAS MUJERES LISTAS.

*Por qué prosperan algunos.*

Hay individuos que lo deben todo á su consorte: prestigio, posición, talento, simpatía, gracia y dinero!

«*Fulano tiene un talento deslumbrador.*» suelen decir. Trata usted al aludido bien cerca, y resulta que el tal *fulano* es un burro con aspecto de gente! ¿Por qué?

«*Don X. tiene muy buenas relaciones y una posición brillantísima.*» En verdad: no hay tertulia en su casa que no reseñen los periódicos. A sus reuniones concurre la mera nata de la sociedad. Lo saliente en política: lo *entrante* en dinero: se habla de tú con los personajes y hasta con algunas *personajas*. Se bromea con todos como de igual á igual... Sin embargo, *Don X.* es el monopolio de las planchas, el superlativo de lo denso y aburrido y tiene cada chiste que parece pedrada...! ¿Por qué?

«*El gran Don Mengano es el hombre de las influencias.*» No hay cosa que se pida por su conducto, sea á quien sea, que no se alcance al punto. Es el Ingeniero de las concesiones y de las contratas. Compite, en trabajo, con la Divina Providencia, porque no hay ser apurado que no demande su ayuda!... Pues el gran D. Mengano anda en dos piés por equivocación del Altísimo. En asuntos de ingeniería es incapaz de levantar una barda de adobe y como hombre de sociedad apenas podría servir de rinconera! ¿Por qué?

Estos casos, y otros muchos análogos que vemos diariamente en la vida, tienen la misma respuesta: Porque D. Fulano, Don X. y Don Mengano tienen mujeres bonitas, buenas y listas: y ellos son..... *filósofos*, como se les llama ahora ó *agachones*, como les apodaban antes!

Ena mujer atractiva, de esas de labios rojos y cuerpo juncal: hablantina, nerviosa, de mirada de «*¡ay mi madre!*», cuando se casa con un hombre despreocupado, poco egoísta: que conoce el código de la libertad doméstica y que entiende poco de vergüenza y de honor, esa mujer, digo, vale un potosí.

Este es el secreto de muchos prestigios y de muchas famas y reputaciones, que á primera vista nos parecen inexplicables: una mujer apetitosa y un marido despreocupado.

Hay individuos, en esferas más bajas, de los cuales se dice que tienen una admirable facilidad para encontrar trabajo en donde quiera. Y en efecto: es una fórmula que jamás les ha mentido. Porque con una mujer así, se va *hasta la ignominia*... como diría un político.

La *filosofía* del marido consiste en ver y callar. Y cuando piensa en las amargas penalidades que tiene la lucha por la vida, hasta ha de bendecir los atractivos de su cónyuge, el buen gusto de sus superiores y la dulzura de su propio carácter!

Ella se encarga de todo: ascensos, nombramientos, gracias, concesiones... ¿cómo? eso es lo que el marido nunca pregunta: Ahí está su talento! En las fiestas, en las recepciones, ella, elegante y seductora, tiene para cada uno una palabra de afecto, una mirada de inteligencia: una sonrisa que es una promesa... Y él, que observa *sus trabajos*, cuando siente asomar la serpiente de los celos, —cosa que rara vez sucede, —apaga sus iras pensando en su existencia fácil y sabrosa...!

Y van subiendo. Como el *globo* lleno de humo caliente asciende por los aires. Sin el humo, él sería un miserable papel arrojado vilmente en el suelo!

Sin el *globo*, ella sería una bocanada de humo, desvanecida, perdida en el espacio infinito.

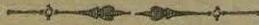
Son matrimonios que se completan. Pactos tácitos que establece la lucha de la vida ó la ambición de la grandeza.

Ella le pide complacencia y silencio, á cambio de prosperidad, honores y prestigio.

Y pasan por el mundo, creyendo que nadie lo sabe.

¡Ay de ellos si pudieran mirar los dedos que los apuntan por detrás!

¡Ay de ellos si pudieran oír las murmuraciones que se cuchichean á su lado!



## LOS POBRES CON PUJOS DE RICOS

Es hermoso contemplar á esos jóvenes que con cuarenta pesos de sueldo al mes, teniendo que mantener á su mamá y á una hermana, sienten arranques de ricos y aun llegan á hacerse la ilusión de que no han nacido para pobres.

Generalmente, estos jóvenes empleados en alguna casa de comercio, viven en cualquier casucha vieja, sucia y destartada, en algún arrabal sin luz y sin empedrado: donde rentan las casas sin fiador y sin anticipo.

Mas como ellos tienen necesidad de rosarse con gente decente: de vivir en el centro á la hora del trabajo y de presentarse agradablemente á sus Jefes, la mamá, sacrificando el estómago y las comodidades de la familia, los trae siempre con el cuello limpiísimo, el vestido bien planchado, el sombrero relumbroso á fuerza de vencina y... los calzones hechos un cedazo á fuerza de remiendos.

Pero exteriormente aquel caballerito no deja nada que desear. Limpio aseado y correcto. ¿Quién vá á penetrar á la intimidad de sus pobreza, ni quien vá á saber que mientras le planchan la ropa, tiene que acostarse en el chinchento catre y taparse con el sarape...?

Y escudado con esta apariencia engañosa, llega aquel buen joven, sostén de su pobre familia con cuarenta duros mensuales, á creerse un muchacho rico, familiarizado con todas las comodidades que proporciona el vil y codiciado dinero!

\*

Y hay que verlos cuando, cometiendo el despilfarro de gastarse un peso de un jalón, van á comer á un hotel, algún domingo, que es cuando los solteros acostumbran comer fuera de casa.

Llegan los cuatro amigos. Nuestro héroe se sienta á la mesa, después de lanzar una mirada á todo el salón, como diciendo: «*Favor de tomar nota de que vengo á comer á un hotel de á peso*». Saluda ostentosamente á algún conocido. Se planta la servilleta en el cuello de la camisa y mira negligentemente la lista.

—Cada día está peor este Hotel. Mire usted el *menú*....

¡Pobrecito! Olvida que el *menú* de su casa es diariamente caldo, sopa de arroz, cocido y frijoles! Pero los compañeros, por creerlo de buen tono, protestan en tono casi colérico, por más que á todos se les haga agua la boca, con aquel *detestable* menú.

El mesero se tarda. Nuestro joven de á *cuarenta pesos* mensuales, golpea terriblemente la mesa, mientras dice en tono airado:

—¡Qué servicio!

Cualquiera cree que en su casa se le sirve al pensamiento! Él mismo tiene que ir por su *plato* á la cocina porque su pobre mamá está calentándole tortillas.

Al fin llega el mozo con la sopera humeante, pidiendo mil perdones. El joven exclama:

—¡Hace una hora que esperamos! O se nos sirve bien ó nos levantamos. Cada día está esto peor!

El mozo no contesta. Los compañeros admiran á aquel amigo que sin duda está acostumbrado á *mandar* á una legión de sirvientes.

—Trae mantequilla!! Sin mantequilla no puedo yo comer.....

Y los amigos, asorados ante aquel compañero, contestan:

—Claro! ¡Quién va á poder comer sin mantequilla!

Pero en su interior les consta á todos que sí pueden comer no solo sin mantequilla, sino hasta sin sal, sin manteca y sin mantel, como suele sucederles en su casa á fines de mes.

—¡Trae mostaza francesa! Estas son cochinas!

—Pues señor, es francesa. Vea Vd.

—Qué francesa ni qué demonio! Y no me conteste, que no somos iguales!

Ya lo creo que no son iguales. El uno pobre con pujos de rico. El otro pobre con resignación de pobre.

Al fin termina la comida. Dá cada uno *diez* centavos de propina sintiéndose espléndidos, y se lanzan echando pestes.

Los forasteros, máxime si son de pueblo, admiran alelados á aquellos jóvenes, que sin duda por ser ricos saben hacer objeciones á cuanto les sirven. Ellos no: sufrida y pacientemente se comen en silencio cuanto les ponen delante!

El mozo se pregunta para sus adentros quienes serán aquellos cuatro catrines tan retovados.

Y salen triunfantes, creyendo ellos mismos que se han engañado unos á otros con el fantasma de su riqueza.....

Por eso cuando en los *restaurants*, particularmente los domingos, veo jóvenes elegantes y gritones, pienso en que muchos de ellos, en sus casas, comen puros frijoles, y acaso tienen que fregar su plato mientras su pobre mamá les calienta las tortillas!

## LAS VIEJAS ARGÜENDERAS.

No es por ofenderlas. Pero las viejas mitoteras son la peor calamidad que puede haber sobre la redondez de este accidentado planeta.

Son peores que las hormigas en los jardines. Que las pulgas en la cama ó que las moscas en la leche.

El día que no hablan mal de alguien, se sienten molestas, como si no se hubieran desayunado.

El día que no saben algún mitote, de donde inventar cuatro más, no duermen á gusto, como si estuvieran indigestas.

Generalmente las viejas argüenderas son NIÑAS. Niñez que se prolonga por bastantes abriles.

No hay odio más reconcentrado que el de esas mujeres que sienten asomar las primeras canas sin haber logrado atrapar á un hombre. Pára ellas, todas las mujeres, ó son unas perdidas, si son bellas, ó son unas repugnantes si son feas. Todos los hombres somos unos imbéciles, apenas dignos de la horca.

Este sentimiento de odio es muy humano. En un salón de baile, las que se quedan sentadas, á *ver bailar*, critican y destrozan sin piedad á todas las parejas.

Pues bien, la vida puede considerarse como un *salón de baile*, en el que las parejas se llaman *matrimonios*! Solamente que, —¡ay!—á menudo las parejas no hacen más que *pisarse los callos* durante todo el baile!

Pero no divaguemos.

Las viejas mitoteras, aparte de *niñas*, son feas. La fealdad en las mujeres, despierta un sordo movimiento de rebelión contra el Creador, que no las hizo bellas y por ende partícipes de todos los goces de la hermosura. Ese fermento se traduce en *odio*. Odian á las bonitas como los pobres sienten impulsos socialistas contra los ricos.

Así colocadas las viejas mitoteras, sin nada que temer, porque las resguarda la fealdad, sin nada que perder, ni nada que desear, se lanzan al *desmoché* de las honras.

—¡Pobre Leonor! ¿no? Tan buena, tan simpática... ¡Quién lo había de creer...!

—Pero ¿qué cosa, Adelita?

—¡Como! ¿No sabe lo que dice la gente? Por supuesto que yo no lo creo! Pero esa gente tiene lengua de vívora... Leonor tan jovencita, tan buena, tan inocente... ¿Cómo iba á ser capaz...?

—Pues, ¿qué pasa, Adelita?

—Dicen que en el último día de campo, como regresaron ya á obscuras, que dizque se perdió...y que dizque no la hallaban...y que dizque al fin, por allá en los matorrales,... y que dizque Leovigildo el novio... En fin: no sé cuantas cosas más... ¡Una barbaridad! Pobre Leonor! Por supuesto que yo no lo creo!

Y así es como la mitotera Adelita, creyendo hacer lo que Pilatos con el «yo no lo creo», dá el primer tijerazo en la honra de aquella muchachita, que no tiene más culpa que ser muy linda y tener un novio que la quiere mucho!

Siente la vieja mitotera cierto alivio en su desgracia. Si ella está abandonada por fea, que la otra lo esté por creerla manchada!

Y su gusto, su placer, es sembrar en los matrimonios el grano de la duda, que se vuelve luego desconfianza, y más tarde pleitos, araños y tirones de cabellos.

—Oye, María. Voy á decirte una cosa pero no te enojas. Tu marido vino anoche bastante tarde, ¿verdad?

—Sí.

—¿A donde fué?

—¡Quien sabe!

—Le oliste la solapa del saco.

—No.

—Traía pantalón claro y sombrero de paja, ¿verdad?

—Creo que sí...

—Pues él era... él era!

—El era ¿quien?

—Te lo voy á contar porque me obligas. No te lo quisiera decir. Me pareció que él era un señor que entró al *Frontón* con una... *de esas del brazo*...

—¿Y te consta que era... de esas?

—¡Ya lo creo! ¡Eso sí que me consta!

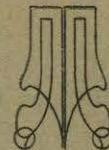
—Pues no, Adelita, no era... *de esas*: era yo!

La mitotera se queda aplastada, pero no desmaya en su tarea. Si no prendió ahora prenderá mañana!

\*

Y yo pregunto: Dios santo! Tú que eres tan sabio y pre-

visor, ¿por qué hiciste siete mujeres para cada hombre? Y si hiciste *siete* para cada uno, por qué no nos autorizas á que *saquemos á bailar á varias*, á fin de que ninguna se quede sentada en este gran *bailé* que se llama la vida! Así no sentirían ese odio, esa envidia, ese rencor, y quitaríamos á la Humanidad esa plaga insoportable de las *viejas argüenderas*.....!



## LAS MENTIRAS.

La mentira debe considerarse como «el burladero de los trancazos.»

Apelamos á ella cuando diciendo la verdad podemos ganarnos unos araños ó provocar una tempestad.

Es una cosa instintiva. Así como al ver venir una piedra nos agachamos, así también al maliciar que *hay leña*, echamos una mentira.

De aquí se deduce que la mentira en absoluto no es mala, por más que los mandamientos no hagan, sobre este particular, salvedad alguna.

Pero evidentemente que si con una inocente mentira evitamos una tragedia conyugal, Dios, al darle cuenta los gendarmes celestiales de aquella infracción, ha de sonreír y ha de quedar satisfecho.

Por ejemplo:

Se encuentra X. en la calle con Y. y con Z. que son solteros y terribles Cupidos. Y después de andar con ellos cuatro ó cinco horas, llega á su casa X. con el cabello alborotado. Su mujer, husmeando, con ese maldito olfato que tienen las mujeres, le pregunta:

—Por qué vienes tan despeinado, mi vida.....?

Y él contesta con una sangre fría, que es casi helada:

—Hace tanto calor, que me quité el sombrero.... ¡Y con este airón.....!

Por supuesto que no fué el airón. Lo que pasa es que X. es un *zuela*. Pero díganme ustedes si no es preferible esa sencilla é inocente mentira á toda una escena de gritos, araños y lágrimas!

No debe abusarse de la mentira. Es como el *lastre* que hace subir al globo del amor: y el que al principio arroja todo el lastre, á la hora de la hora ya no sube!

Porque á medida que más mentiras se echan, éstas pierden su fuerza y su mérito y después no nos creen ni lo que es cierto.

Hay mentiras que están enteramente desprestigiadas.

—¿Por qué te tardaste tanto, pichoncito?

—Pues figúrate, muñeca, que se nos descarriló el tranvía...!

El que tal mentira eche es un animal, pues eso del tranvía está más choteado que el piropo de «¡Viva tu madre!» Necesita la almiarada *muñeca* ser una bestia para creerlo.

Lo mismo le pasa al expediente de «*Me dejó el tren.*» de que echan mano los dependientes, cuando les dan permiso de ir á alguna parte y quieren prolongar la licencia á *chaleco*.

Todavía hace poco daba mucha chispa, cuando llegaba uno á su casa á las altas horas de la madrugada, lanzar un suspiro muy hondo, poner semblante fúnebre, y exclamar:

—¡Quien había de creerlo! ¡Tan joven! ¡Y luego morir así, casi solo, sin nadie de su familia....

A renglón seguido explicaba uno que había estado en el velorio de un amigo, á quien se le había querido entrañablemente. La cónyuge se enternecía. Admiraba los buenos sentimientos de su esposo y naturalmente ni siquiera le preguntaba por qué olía á vinillo.....

¡En un velorio es natural que se tome algo, para la desvelada!

Era el gran recurso! Pero precisamente por bueno, se *choteó*, y actualmente, como no llegue uno á su casa con todo y cádáver, no hay quien se lo crea....!

Hay que huir, por tanto, de esta clase de mentiras, que están ya como el eslabón del cura.

Hay que inventar siempre novedades:

—¿Pero qué horas son estas de venir? ¿Qué te pasó?

—Cállate, por Dios! Antes dí que vine. Figurate que Herógenes me prestó su automóvil diz que para que me enseñara á manejarlo, él diciéndome cómo. Se bajó en la Alameda obligado no sé por qué necesidad corporal y se me ocurre echarlo á andar... Y anduvo! Pero á la buena hora no me acordé cómo se paraba y he tenido que andar por calles y calzadas, como loco, hasta que se le acabó la gasolina..... Gracias á la Divina Providencia no me maté....

Una mentira así no dá lugar ni á la sombra de la duda y además proporciona un material divertido para que la esposa lo platique á todo el viejerío argüendero del barrio!

Pero hay que procurar que las mentiras no sean tan *art nouveau* como la que pretendió pegar cierto tapatío, muy acreditado como inteligente:

Estaba empleado como conductor de la correspondencia en el ferrocarril, y cierto día se durmió, y llegó á esta ciudad con la balija de La Barca. El administrador de Correos, justamente airado, lo reprendió:

—¿Por qué no dejó usted esta correspondencia en La Barca?

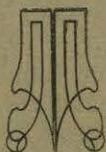
—Pues, señor, hoy no pasó por allí el tren.....  
—No sea Vd. bárbaro! ¿Cómo no había de pasar.....?  
—Pues hoy no pasó por ahí!

Y á la fecha sostiene que ese día no pasó el tren por La Barca!

\*

Es un arte especial el de echar mentiras, sumamente útil en la vida práctica. Quizás algunos de estos consejos puedan ser provechosos, cosa que para mí será muy satisfactoria.

Y no olvidar que «la mentira es el burladero de los trancos».



## “LO PENSARE. .... VEREMOS”



Creo que no habrá quien se ofenda, si digo que entre las muchas gracias y cualidades que nos adornan, merece un lugar especial la *pereza*. Pero una pereza de plomo, que es causa principal de nuestro adelanto cangregil, lo mismo individual que nacional.

Cualquier negocio, por sencillo y conveniente que sea, requiere tres trámites: un mes para *pensar* si lo estudiamos ó no; otro mes para *estudiar* si conviene ó no; y otro mes para resolvernos á emprenderlo, si resultó conveniente, ó para desecharlo si aparece ruinoso.

Es garbanzo de á kilo el individuo que desde luego, sobre la marcha, estudia, resuelve y emprende. Y si nos fijamos un poco, vemos que estos son los hombres que se enriquecen y prosperan y á los cuales llamamos “*de muy buena suerte*,” sin pensar en que casi siempre *la buena suerte* tiene su razón de ser.

Y esta pereza nos acompaña siempre y en todos los órdenes de la vida. La traemos en la sangre.

Andas tú, lector, rondando la casa de una linda muchacha. Adviertes que cuando te paras en la esquina ella te observa tras los cristales de la ventana: cuando la encuentras en los paseos, te *flecha* que dá miedo: hasta consiente, —previo un recado de á tostón con la *gata*, —en salir á la ventana!

Y cuando tú, con el corazón reparando, sin saliva en la boca, y con las piernas temblorosas, te acercas y le declaras tu amor, pidiéndole que *te corresponda*, ella te contesta:

—Lo pensaré.... veremos!

Y te pone un plazo, sabiendo que te va á decir que *sí* y exponiéndose á que, por lo del plazo, le puedas decir tres frescas, pues si te *flechaba* y te *daba carita* á qué viene que ponga plazos y demoras.....!

Pero es por la *pereza*, por la flojera de decir:

—Sí señor. Usted me simpatiza y ya le estamos dando á la tambora del amor.... I WEY!

\*

En cambio, vas tú, lector ú oyente, á solicitar empleo con

uno de esos señores de muchísimo trabajo: de esos que no se rasean por no perder el tiempo: que hablan á gritos y andan á saltos.

— Señor, vengo á ver si puede Vd. darme trabajo: escribo en máquina con seis dedos, conozco algo de números y soy excesivamente honrado....

Y el ocupadísimo señor te contesta:

— Pues amigo, vuelva Vd. mañana: veremos si es posible ocuparlo.....

Y tú, lector, después de dar más vueltas que un trompo, con la esperanza de conseguir el empleo, eres despedido al fin de mala manera:

— No hay vacantes, amigo. No tengo en qué ocuparlo....

Cosa que podía haberla dicho desde el primer día, evitándote vueltas y demoras.

\*

Llega un agente viajero á un almacén y se apersona con el Jefe, á quien ofrece su mercancía.

Y el Jefe ocupadísimo, le dice secamente:

— Véame usted á la tarde, á las cuatro.

Cualquiera cree que está abrumado de trabajo urgente. Pero no. Se pone á fumar tranquilamente ó á expurgarse los vellos de las peludas pantorrillas.

Necesitaba poner un plazo al agente: la *pereza mexicana* no lo dejó decir desde luego:

— Sí amigo. Mándeme tanto de esto y tanto de lo otro.

O sencillamente:

— No compro porque no necesito!

¡Este es nuestro carácter y nuestra actividad!

\*

Y ya que en la actualidad cuanto uno hace, dice y produce lo dedica al *Centenario*, sería bueno que en su solemnización, todos nos propusiéramos sacudir esta pereza que nos corroe como si fuera roña, y arrojar muy lejos el «*Vuelva Vd. mañana*», el «*Lo Pensaré.... veremos*» y otras muchas frasecillas que son el caló de la flojera y sustituirlas por una sola:

«¡Ya le estamos dandol!» **AI-ÜEI!**



## LAS FORMULAS SOCIALES.



Más de algún sabio ha dicho que esta vida es una eterna comedia. Una madeja de mentiras. Una maraña de hipocresías.

Nos hacemos la ilusión de que nos engañamos unos á otros, y todos guiñamos el ojo, dándola de muy vivos, á la espalda de aquellos que con sus hipocresías y formulismos creen engañarnos.

Es curioso observar cómo en Sociedad sirve y disimula ese ropaje de oropel que se llama fórmula social, y cómo debido á él, la sociedad aprueba y aún aplaude cosas que en otra forma no colarían.

Y si no, dígame Ud. gorda señora, que pasea su mole por las calles y jardines, orgullosa de su bella hija, que es fruto de su vientre de tambora.

Si yo, desconocido y quizá sospechoso, llegara con Ud. y le dijera:

«Señora: ¿me permite Ud. á su hija unos momentos? Solamente quiero darle unos abrazos y unos cuantos estrujones. Está fresca, bonita, y tentadora. De paso procuraré engañarla jurándole que la amo con todo mi corazón y quizá deslizándome en sus oídos alguna frasecilla de esas que pican el pudor de las jóvenes.»

Si tal cosa hiciera, ¿no es verdad, gorda señora, panza de tambora, que me contestaría Ud. con un paraguazo y quizá llamando á grito pelado al gendarme más próximo....?

Y sin embargo, todas las mamás, saben que al ir á un baile, van á entregar á su hija á un desconocido: que el baile, peor si es de barrio, no es más que una serie de repegones y abrazos. Que en él los jóvenes, alentados y locuaces por las copas de vinillo, tratan siempre de engañar á las niñas incautas con amores que no sienten ni sentirán jamás. Lo saben porque ellas tomién, á pesar de ser tan feas, tuvieron quince años y fueron bonitas, frescas y deseables....

Y á pesar de saberlo, cargan con sus hijas, con el único y exclusivo objeto de que se las bailen.....!

¡He ahí un milagro de los formulismos sociales!

Supongamos ahora que uno de esos muchachos, que por el

hecho de caer en gracia y no tener vergüenza dicen cosas que no debieran decir, se dirige á una señora:

—¿Gusta usted que vayámos á encerrarnos, usted, su hija y el que habla dentro de un cuarto obscuro? Mientras usted se divierte y se distrae, nosotros, tomados fuertemente de las manos, veremos lo que podemos hacer.....

Con seguridad que la señora contestaría:

—Es usted un bellaco!

Pero si el joven le dice:

—¿Gusta vd. que vayámos al Cinematógrafo?

Ella contesta complacidisima y sonriendo:

—Sí, Luisito, con muchísimo gusto!

Y hasta suele decir, al terminar la primera tanda:

—Nos quedaremos á la otra, Luisito!

¡Ved aquí otro milagro de los formulismos sociales!

Se pueden decir las mayores majaderías, siempre que lleven ese traje de etiqueta, que exige la Sociedad.

Si el Emperador Guillermo hubiera dicho:

—El Imperio necesita saber con las que gana y con las que pierde. Es preciso darme cuenta de cómo andan mis súbditas en cuestión de cutis y de carne.....

Si esto hubiera dicho, con seguridad las señoras alemanas, á pesar de sus flemas, habrían exclamado:

—Lépero, pelado, disoluto.....

Pero nó. Lanzó un *ákase* declarando que al Gran Teatro de la Opera no entraría una mujer que no fuera escotada.

Y ahí las tienen ustedes con unos trajes que casi son la pura enagua!

¡Oh formulismos sociales: oh hipocresías, mentiras, engaños y falsedades! Oh vida ridícula y cursi! Oh mascarada humana, tan necia y torpe, donde todos nos conocemos por el antifaz que nos disfrazamos! Donde todos soñamos engañar á todos y lo único que conseguimos es engañarnos nosotros á nosotros mismos!

## TARJETAS DE BAUTIZO.

Cuando la tarjeta se refiere al primer retoño del matrimonio, casi por ella puede saberse, con una poca de observación, el carácter de la joven mamá, que ha dado al mundo un nuevo vástago.

Casi siempre es ella la que resuelve el nombre ó nombres que han de ponerse al niño ó niña. Lo proyecta desde antes de que suceda....lo que inevitablemente ha de suceder. Y el marido, novicio también en estos enjuagues, no se atreve á contradecirla por temor de que un coraje cualquiera, en el delicadísimo estado en que ella se encuentra, vaya á ser causa de que el niño resulte chueco como un tirabuzón, prieto como panocha ó feo como una insolencia.

Por esto la mamá, si es romántica, es capaz de ponerle por nombre *Traviata*, si es mujer ó *Godofredo* si es hombre.

Pero sea del carácter que fuere, siempre en las tarjetas de bautizo se leen nombres bonitos y armoniosos *Hermelinda*, *Margarita*, *Adelaida*, nació tal día, etc.

Es natural pensar que los papases, por más que el vástago esté digno de ir á veranear á un basurero, ellos lo han de ver primoroso y han de querer para él los más bonitos nombres.

Si hubiera algún santo que se llamara *Querubín*, ya verían ustedes qué demanda tenía, pues todas las madres ven á sus hijos con cara de querubines.

¿Cómo se explica, entonces, que haya progenitores tan desnaturalizados que pongan á una hija el nombre de *Bárbara*....?

Cierto es que muchas veces lo aciertan. Pero ¿qué les hace aquella inocente criatura llorona, para que un año antes de que pronuncie la primera palabra ya le llamen *Bárbara*....?

Semejante santo debería ser excluído, por *bárbaro*, del calendario, así como San Expedito lo fué por gustar demasiado al bello sexo!

(SACO)

\*

Y en eso de bautizos yo sería de opinión que se les remojara la mollera á los cahmacos, pero que se les dejara el nom-